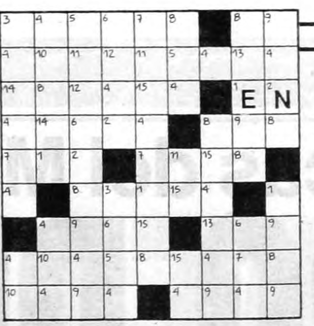
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION
VIERNES



EL NEGRO DE LA PLAZA

Página/2/3





CORRIENTES

(*Por Oscar Marful*)

ALQUILE YA SU SMOKING, aconsejaba el anuncio publicitario en la estación Pueyrredón.

No pudo evitar pensar en algunas facturas impagas que tenía colgadas en la pared de la cocina.

La rubia había desaparecido de su asiento.

Cuando el subte arrancó la vio caminando por el andén, y como quien no quiere la cosa, se miraron por última vez.

De nuevo la oscuridad del túnel.

Encendieron las luces, ya no era suficiente la claridad que venía de la calle.

Había empezado a lloviznar, así que decidió suspender la caminata que tenía programada y volver a casa temprano.

El mozo pasó con la bandeja en alto, con gesto malhumorado, parecido al que solía tener ella al levantarse.

Lo llamó. Recordó que no le quedaba azúcar para el desayuno, tomó dos bolsitas, las guardó en la cartera y después, sin darse cuenta, recorrió la página de los cines.

En el Losuar la función comenzaba a las 19.

El diario le había teñido las manos, y por otra parte, ya no lo iba a necesitar. Lo dejó en el asiento y planeó tomar un café antes de la película.

El cartel indicador prometía que la próxima era Callao.

Se paró, era la única forma de que el mozo le prestara atención. Así fue, apenas la vio, procedió de inmediato a cobrarle los tres cortados y a llevarse el cenicero lleno.

Lo siguió con la mirada y fantaseó con poder lavar también sus pulmones algun día, mientras esperaba el cambio.

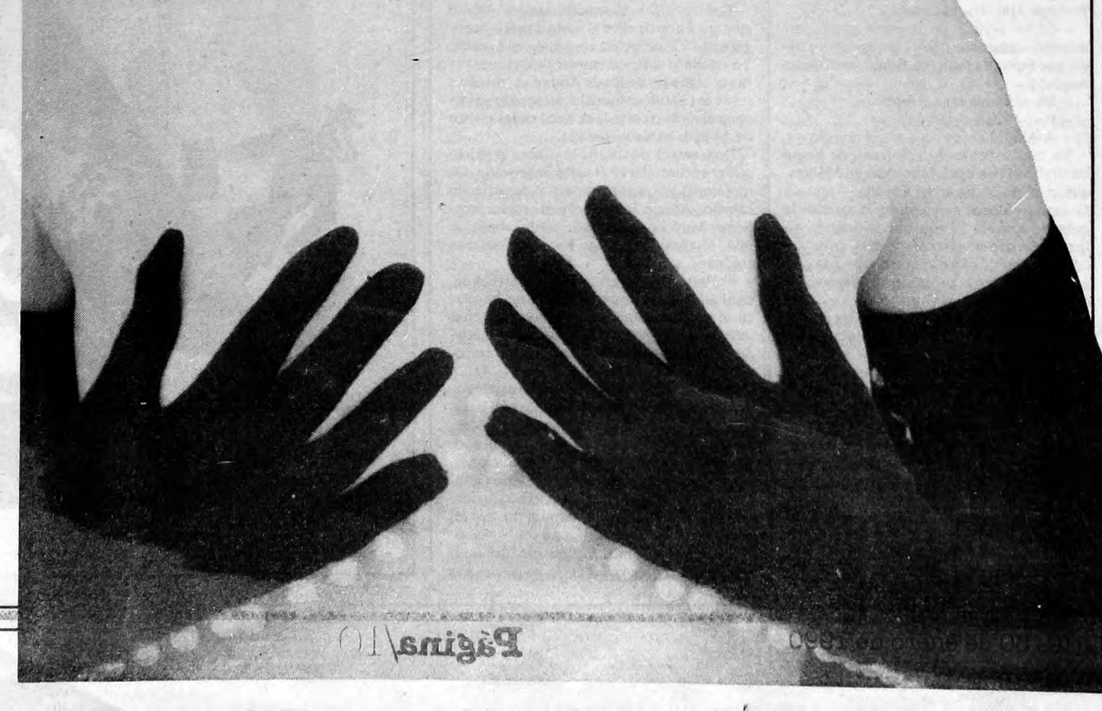
Cometió el error de prender un cigarrillo antes de subir la escalera y llegó agitado a la calle.

Se serenó cuando le trajeron el vuelto.

Salió por la puerta de Callao.

Entró por la puerta de Corrientes y se alegró de encontrar una mesa desocupada junto a la ventana.

Después se sentó en una silla tibia, apagó el cigarrillo en un cenicero limpio y, como al descuido, empezó a hojear otro diario húmedo y ajado que encontró sobre la mesa.



Crónicas del Madrid os

EL NEGRO DE LA

Por Juan Madrid

Una vez conocí a un negro que me dijo que no me fiara de ningún tipo que hablara contigo con las manos metidas en los bolsillos de una gabardina. El negro se llamaba Donato y gastaba ropa elegante y se desplazaba por ahí en un Citröen Tiburón usado, pero que daba el pego. Era un negro agradable y listo que volvió a su país para ser presidente del Congreso, dejando por aquí un matrimonio, varios hijos mulatos y bastantes deudas.

Parece que no consiguió lo que anhelaba pero ésta es otra historia.

Aquella noche en la Plaza del Dos de Mayo yo me estaba acordando de Donato mientras contemplaba a otro negro, un *camello* flaco y alto, con un ojo desviado, al que algunas mujeres llamaban *Treinta centímetros*, quizás por el tamaño de algún órgano oculto. Los hombres lo conocían por Ahmid, fuera éste su verdadero nombre o no.

Aquel negro tenía bastantes nombres y apodos y una extraña costumbre: llevaba siempre gabardina, en invierno y en verano, y las manos en los bolsillos. Además, pocos conocíamos el secreto de aquel negro flaco: la gabardina no tenía bolsillos. Dios sabe lo que andaría haciendo con las manos.

Era a finales del verano, una noche dulce, sin calor ni agobio y se estaba bien, sentados en las mesas del quiosco de Antonia en la Plaza del Dos de Mayo.

Mi mujer estaba al lado con una novela de Peter Handke en las manos, intentando leerla. En esa época mi mujer pensaba que yo debería escribir como Peter Handke o, al menos, como la mayor parte de nuestros amigos escritores. En esto coincidía con los críticos de las revistas literarias, profesores de literatura de ambos sexos, periodistas que acudían a hacerme entrevistas y con nuestros propios amigos escritores.

La opinión generalizada es que yo estoy desperdiciándome escribiendo sobre cosas sin importancia y sobre personas que no tienen el menor interés.

—Mira —le dije a mi mujer—. Ahí está el bueno de Ahmid.

—No se te ocurra presentármelo. No quiero conocer a tus amigos —respondió ella.

—Ahmid no es amigo mío. Es *camello* y *macarra*. Tiene tres mujeres al *punto* en la Ballesta. Quizás tenga cuatro.

—Si lo sientas en nuestra mesa, me marcho —amenazó ella—. No aguanto a nadie que explote a mujeres. Bonitas amistades tienes.

—No es amigo mío —repetí.

—Pero lo conoces.

—A Ahmid lo conoce todo el mundo.

Yo estaba bebiendo granizado de limón natural con ron miel, fabricado en Málaga, que es el único lugar en Europa —junto a Granada— donde aún realizan la zafra de la caña de azúcar. El ron que consiguen no tiene nada que envidiar al ron del Caribe y es un ron oscuro y oloroso que no rasca la garganta. Una bebida propia para esa estación del año.

Ahmid paseaba por la calle con las manos sepultadas en los vacíos bolsillos de la gabardina, aparentemente distraído y como pasando el rato. Esa es una de las particularidades del ojo desviado de Ahmid: nunca sabes si te está mirando o no.

Las mesas del quiosco de Antonia estaban llenas de la fauna normal: familias enteras con los abuelos y los niños, *punks, hippies* reconvertidos, vegetarianos, *yuppies* con ganas de emociones fuertes, artistas de pelaje variado, chicos con cazadoras de cuero, chicas de increíbles minifaldas y gente corriente que acude al quiosco a beber y a que les dejen en paz.

Alrededor del quiosco pululan los *camellos* de ambos sexos —incluso de tres y cuatro sexos— ofreciendo su mercancía: *caballo, nieve, anfetas, trypis, éxtasis, rohipnoles* y hachís. Sin contar a los vendedores callejeros de jeringuillas hipodérmicas desechables y de bocadillos caseros de tomate, mayonesa y jamón nunca suficientemente perseguidos por la policía.

Los *camellos* de la Plaza son siempre los mismos, de manera que no hay forma de confundirse nunca. La guerra por controlar determinadas zonas del barrio ocurrió hace bastante tiempo, de modo que ahora el asunto es relativamente tranquilo. La Plaza es solamente para los *camellos* locales. Los de otras razas y lugares tienen también sus sitios marcados. De ahí la extrañeza al ver al Ahmid de paseo.

Sin embargo, las cosas nunca son como parecen. Los *camellos* iraníes y algunos negros se han introducido en la Plaza a base de unirse sentimentalmente con chicas de la zona, de manera que por esa vía se cuelan en territorios que, en principio, les estaban vedados.

Hay todo tipo de *camellos* en la Plaza. Los hay que alternan su trabajo con otro menester, como atracadores, *sirleros, topistas, desparramadores, descuideros* y los hay, también, dedicados solamente al *camelleo* sin más. Estos son gente amigable y pacífica con los que da gusto charlar e intercambiar cigarrillos. Ellos son la mayoría. Hay mucho paro juvenil, mucha falta de dinero. Para ellos el *camelleo* es como una profesión que más que nunca los va a convertir en ricos.

De pronto, Ahmid se detuvo frente a una mesa en la que había dos sujetos muy morenos con el cabello rizado. Sin mediar palabra, Ahmid sacó la mano derecha del falso bolsillo de la gabardina, empuñando una escopeta de dos cañones, recortada y brillante por las luces de los faroles de la calle. A ese tipo de arma, manejable y de fácil fabricación, se le llama *recortada* o *chata* y es muy efectiva a menos de diez metros.

Ahmid comenzó a gritar en su lengua mientras gesticulaba y hacía ademanes, blandiendo la *recortada*. Los dos sujetos de la mesa parecían estatuas de madera: no movieron un músculo, ni siquiera para pestañear.

Todo ocurrió demasiado aprisa. Ahmid empujó a uno de ellos al suelo dando voces y gritando y le colocó la recortada en la nuca. Yo estaba lo suficientemente cerca como para ver cómo los dedos de Ahmid se curvaban sobre los gatillos. Escuché un sonido seco y apagado y la recortada se agitó en las manos de Ahmid: había disparado.

Pero en vez de volarle la cabeza al sujeto que se encontraba en el suelo, le produjo dos moretones y el chamuscamiento de su rizado cabello. Ahmid fue el primero en sorprenderse. Miró la escopeta de arriba abajo, la olió, la abrió y examinó los cartuchos con cuidado.

Probablemente eran malos cartuchos, estaban mojados o no funcionaron los percutores. Ahmid los sacó y se los guardó en el interior de la gabardina. Con mucho cuidado extrajo otros dos y volvió a cargar la escopeta.

Entonces fue cuando la gente reaccionó. Yo cogí a mi mujer y la tiré al suelo con la novela de Peter Handke y los vasos de bebidas, otros de los alrededores hicieron lo mismo. Se escucharon gritos agudos y maldiciones, revuelo, confusión. El sujeto que había estado en el suelo se levantó y se marchó corriendo como una exhalación. Ahmid fue tras él, blandiendo la escopeta.

Todos escuchamos el chirrido del auto patrulla de la policía y el ruido de las puertas



Crónicas del Madrid oscuro

EL NEGRO DE LA PLAZA

Este es el primer relato de una serie que editará el novelista Juan Madrid sobre los barrios de Madrid y sus fascinantes e inquietantes pobladores nocturnos. Tipos y calles por las que deambula la exuberante fauna marginal de vagabundos, prostitutas, proxenetas y toda clase de pequeños delincuentes, decididos, sobre todo, a sobrevivir en un mundo al que, de entrada, deben muy poco. Crónicas negras repletas de realismo y sentido del humor.

Por Juan Madrid

Una vez conocí a un negro que me dijo que no me fiara de ningún tipo que hablara contigo con las manos metidas en los bolsillos de una gabardina. El negro se llamaba Donato y gastaba ropa elegante y se desplazaba por ahí en un Citröen Tiburón usado, pero que daba el pego. Era un negro agradable y listo que volvió a su país para ser presidente del Congreso, dejando por aquí un matrimonio, varios hijos mulatos y bastantes deudas.

Parece que no consiguió lo que anhelaba pero ésta es otra historia.

Aquella noche en la Plaza del Dos de Mayo yo me estaba acordando de Donato mientras contemplaba a otro negro, un *camello* flaco y alto, con un ojo desviado, al que algunas mujeres llamaban *Treinta centímetros*, quizás por el tamaño de algún órgano oculto. Los hombres lo conocían por Ahmid, fuera éste su verdadero nombre o no.

Aquel negro tenía bastantes nombres y apodos y una extraña costumbre: llevaba siempre gabardina, en invierno y en verano, y las manos en los bolsillos. Además, pocos conocíamos el secreto de aquel negro flaco: la gabardina no tenía bolsillos. Dios sabe lo que andaría haciendo con las manos.

Era a finales del verano, una noche dulce, sin calor ni agobio y se estaba bien, sentados en las mesas del quiosco de Antonia en la Plaza del Dos de Mayo.

Mi mujer estaba al lado con una novela de Peter Handke en las manos, intentando leerla. En esa época mi mujer pensaba que yo debería escribir como Peter Handke o, al menos, como la mayor parte de nuestros amigos escritores. En esto coincidía con los críticos de las revistas literarias, profesores de literatura de ambos sexos, periodistas que acudían a hacerme entrevistas y con nuestros propios amigos escritores.

La opinión generalizada es que yo estoy desperdiciándome escribiendo sobre cosas sin importancia y sobre personas que no tienen el menor interés.

—Mira —le dije a mi mujer—. Ahí está el bueno de Ahmid.

—No se te ocurra presentármelo. No quiero conocer a tus amigos —respondió ella.

—Ahmid no es amigo mío. Es *camello* y *macarra*. Tiene tres mujeres al *punto* en la Ballesta. Quizás tenga cuatro.

—Si lo sientas en nuestra mesa, me marcho —amenazó ella—. No aguanto a nadie que explote a mujeres. Bonitas amistades tienes.

—No es amigo mío —repetí.

—Pero lo conoces.

—A Ahmid lo conoce todo el mundo.

Yo estaba bebiendo granizado de limón natural con ron miel, fabricado en Málaga, que es el único lugar en Europa —junto a Granada— donde aún realizan la zafra de la caña de azúcar. El ron que consiguen no tiene nada que envidiar al ron del Caribe y es un ron oscuro y oloroso que no rasca la garganta. Una bebida propia para esa estación del año.

Ahmid paseaba por la calle con las manos sepultadas en los vacíos bolsillos de la gabardina, aparentemente distraído y como pasando el rato. Esa es una de las particularidades del ojo desviado de Ahmid: nunca sabes si te está mirando o no.

Las mesas del quiosco de Antonia estaban llenas de la fauna normal: familias enteras con los abuelos y los niños, *punks, hippies* reconvertidos, vegetarianos, *yuppies* con ganas de emociones fuertes, artistas de pelaje variado, chicos con cazadoras de cuero, chicas de increíbles minifaldas y gente corriente que acude al quiosco a beber y a que les dejen en paz.

Alrededor del quiosco pululan los *camellos* de ambos sexos —incluso de tres y cuatro sexos— ofreciendo su mercancía: *caballo, nieve, anfetas, trypis, éxtasis, rohipnoles* y hachís. Sin contar a los vendedores callejeros de jeringuillas hipodérmicas desechables y de bocadillos caseros de tomate, mayonesa y jamón nunca suficientemente perseguidos por la policía.

Los *camellos* de la Plaza son siempre los mismos, de manera que no hay forma de confundirse nunca. La guerra por controlar determinadas zonas del barrio ocurrió hace bastante tiempo, de modo que ahora el asunto es relativamente tranquilo. La Plaza es solamente para los *camellos* locales. Los de otras razas y lugares tienen también sus sitios marcados. De ahí la extrañeza al ver al Ahmid de paseo.

Sin embargo, las cosas nunca son como parecen. Los *camellos* iraníes y algunos negros se han introducido en la Plaza a base de unirse sentimentalmente con chicas de la zona, de manera que por esa vía se cuelan en territorios que, en principio, les estaban vedados.

Hay todo tipo de *camellos* en la Plaza. Los hay que alternan su trabajo con otro menester, como atracadores, *sirleros, topistas, desparramadores, descuideros* y los hay, también, dedicados solamente al *camelleo* sin más. Estos son gente amigable y pacífica con los que da gusto charlar e intercambiar cigarrillos. Ellos son la mayoría. Hay mucho paro juvenil, mucha falta de dinero. Para ellos el *camelleo* es como una profesión que más que nunca los va a convertir en ricos.

De pronto, Ahmid se detuvo frente a una mesa en la que había dos sujetos muy morenos con el cabello rizado. Sin mediar palabra, Ahmid sacó la mano derecha del falso bolsillo de la gabardina, empuñando una escopeta de dos cañones, recortada y brillante por las luces de los faroles de la calle. A ese tipo de arma, manejable y de fácil fabricación, se le llama *recortada* o *chata* y es muy efectiva a menos de diez metros.

Ahmid comenzó a gritar en su lengua mientras gesticulaba y hacía ademanes, blandiendo la *recortada*. Los dos sujetos de la mesa parecían estatuas de madera: no movieron un músculo, ni siquiera para pestañear.

Todo ocurrió demasiado aprisa. Ahmid empujó a uno de ellos al suelo dando voces y gritando y le colocó la recortada en la nuca. Yo estaba lo suficientemente cerca como para ver cómo los dedos de Ahmid se curvaban sobre los gatillos. Escuché un sonido seco y apagado y la recortada se agitó en las manos de Ahmid: había disparado.

Pero en vez de volarle la cabeza al sujeto que se encontraba en el suelo, le produjo dos moretones y el chamuscamiento de su rizado cabello. Ahmid fue el primero en sorprenderse. Miró la escopeta de arriba abajo, la olió, la abrió y examinó los cartuchos con cuidado.

Probablemente eran malos cartuchos, estaban mojados o no funcionaron los percutores. Ahmid los sacó y se los guardó en el interior de la gabardina. Con mucho cuidado extrajo otros dos y volvió a cargar la escopeta.

Entonces fue cuando la gente reaccionó. Yo cogí a mi mujer y la tiré al suelo con la novela de Peter Handke y los vasos de bebidas, otros de los alrededores hicieron lo mismo. Se escucharon gritos agudos y maldiciones, revuelo, confusión. El sujeto que había estado en el suelo se levantó y se marchó corriendo como una exhalación. Ahmid fue tras él, blandiendo la escopeta.

Todos escuchamos el chirrido del auto patrulla de la policía y el ruido de las puertas



al abrirse y cerrarse. Dos policías uniformados le gritaron a Ahmid que dejara el arma y se quedara quieto. Los dos policías le apuntaban con sus armas reglamentarias. Pero Ahmid se volvió, giró el brazo y lo levantó. Apretó de nuevo los gatillos en dirección a los policías. Fue un momento especialmente crítico: Ahmid volvió a nacer. De los cañones de la recortada surgió un ruidillo ridículo, como si descorchara una botella de champán echado a perder, y apareció una débil columnilla de humo.

Y ninguno de los policías le cosió a balazos. Aquella noche fue una noche de suerte para Ahmid.

Le tiraron al suelo, le registraron y le esposaron con las manos atrás. Eran dos policías jóvenes que comenzaron a gritar para apartar a los curiosos que se agolpaban alrededor de Ahmid. Aún no comprendo por qué no le dispararon.

Mi mujer estaba en el suelo con el vestido roto, cubierta de polvo y con la novela de Peter Handke sucia de la bebida derramada. Se puso en pie roja de ira.

—¿Estás contento, no? ¡Esto es lo que quieres, eh! —exclamó— ¡Ahora querrás ir a la comisaría a fisgonear! ¡Después tendrás que hablar con Ahmid y más tarde te irás de copas! ¡Siempre es lo mismo! ¡Pues bien, no cuentes conmigo!

Y se marchó a casa.

Mucho más tarde vi a Ahmid en la celda de la comisaría. Permanecía tumbado en el camastro, canturreando por lo bajo y aparentemente tranquilo, como si hubiera regresado de una excursión en el campo. A los dos jóvenes policías los felicitó el jefe del turno de noche de la comisaría, un inspector delgado y de estatura baja que tiene el engañoso aspecto de un estudiante frágil.

El jefe del turno de noche estaba allí conmigo y yo le pregunté a Ahmid:

—¿Por qué lo hiciste, Ahmid?

El se encogió de hombros.

—Cartuchos mierda —respondió—. No funcionan... Gente cabrona engaña a Ahmid.

Y se volvió a encoger de hombros.

—Le has comprado la *recortada* a un tal Fede, ¿no, Ahmid? —le dijo el inspector—. La *recortada* y los cartuchos. Seis cartuchos en total. ¿No es eso, Ahmid?

—Sí —respondió Ahmid—. Y yo he pagado 40 *papeles*, 40.

—Pues te han estafado, Ahmid —respondió el inspector.

—Cabrones, muchos cabrones por aquí —Ahmid se sentía engañado.

Yo pensé que era un asunto de drogas y todo eso. Es lo primero que piensa uno en estos casos. De modo que se lo volví a preguntar y Ahmid respondió:

—¿Drogas? ¿Marihuana, hachís, *caballo*? —negó con la cabeza— Ahmid es decente, buena persona, no traficante. Lo quería matar porque insultarme siempre, no dejarme entrar en bar, me llamaba negro asqueroso. Por eso matarle. Otra vez será.

Los de mi calle me ayudan mucho en mis novelas. Siempre me están dando temas.

El otro día, el dueño de la tintorería me hizo una confidencia:

—¿Escuchaste el follón que se organizó anoche?

—Sí —le contesté yo—. Un buen follón. A las tres de la madrugada.

—Fue Riquelme, el conductor de autobuses. Descubrió a su mujer en ese bar de lesbianas. Entró con un cuchillo y la quiso matar. ¿A que no sabes lo que ocurrió?

—¿La mató?

—No. La chica que estaba bailando con su mujer le quitó el cuchillo y le pegó una paliza de aquí te espero. Le dejó morado. ¿Conoces a Riquelme?

—¿Riquelme?

—Sí, hombre... Un chaval fuerte él, guaperas. Pelo rizado, va mucho al Maño.

—Me parece que no.

—Bueno, es igual, Ahí tienes un tema. Un tema cojonudo. Puedes sacarlo en una novela o, mejor, en televisión. Sácalo en la tele.

—Ya veremos. Estas cosas hay que pensarlas. De todas formas, muchas gracias.

Se acercó a mi oreja y me susurró:

—Yo sí que te puedo dar temas para tus rollos. He tenido una vida de novela. Mi vida ha sido una novela... Déjame que te cuente...

En otro momento, sin embargo, se me acercó una a la que llaman Vanessa, aunque en realidad se llama Torcuato Fernández Miramar, antiguo albañil sevillano.

Mide 1,85 y parece una mujer vista de lejos. De cerca es otra cosa. Tiene cierta semejanza a un armario de tres cuerpos.

—Oye, chavalote —me dijo. Yo estaba sentado en la plaza después de comer, saboreando un Montecristo del número cuatro y bebiendo anís. —Vengo a avisarte nada más. ¿Me puedo sentar?

—Siéntate, Vanessa. ¿Qué quieres?

—Decirte que como me saques por ahí en los papeles te meto un bocao en la yugular. ¿Lo entiendes, chavalote?

—¿Un cafecito, Vanessa?

—Ni un cafecito ni una poca de leche. Como yo me entere que atentas contra mi intimidad, te mato a mordiscos. ¿Lo vas entendiendo, chavalote?

—Sí, pero no me llames chavalote.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta.

Bueno, Vanessa no era mala persona del todo y terminó tomándose un cafecito conmigo. Pero cada vez que tengo que sacar a un *travesti* procuro que no se llame Vanessa. Aún le tengo cierto cariño a mi cuello.

Ahmid fue a parar a la cárcel condenado a siete años por intento de homicidio y uso de arma de fuego sin licencia. Yo fui a ver al director de una importante revista que acababa de dar una conferencia en una Universidad de Verano sobre periodismo y literatura. El director me recibió con grandes muestras de alegría y afecto.

—Bueno, hombre, ¿qué tema me traes? —me dijo— ¿Algo bueno? ¿Interesante? ¿Con impacto?

—Creo que sí. Escucha. Es un negro al que no le dejan entrar a un bar de la Plaza del Dos de Mayo. El negro es muy sensible al racismo, él quiere entrar al bar, ser una persona normal, ¿me entiendes? Y el encargado lo echa sistemáticamente, lo insulta. El negro...

El director interrumpió.

—¿A eso llamas tú un tema con impacto?

—Espera un momento, falta lo mejor. El negro se pone furioso y empieza a buscar quién le pueda vender una *recortada* y acude a un sujeto llamado Fede que se la proporciona por 40.000 pesetas. Le vende la *recortada* y seis cartuchos del doce, cargados con postas. El negro, una noche, acude a la Plaza del Dos de Mayo, encuentra al encargado del bar y...

El director se adelantó en su sillón anatómico.

—¿Lo mató?

—No. Los cartuchos estaban defectuosos. Quizás la pólvora estuviese mojada, no sé. El caso es que sólo explotaron los fulminantes. Le quemó el pelo de la nuca al encargado del bar que se meó en los pantalones. ¿Qué te parece?

—Bueno, es un buen tema, sí. Pero hubiese sido mejor que lo hubiese matado —suspiró.

...curo

...A PLAZA

Este es el primer relato de una serie que editará el novelista Juan Madrid sobre los barrios de Madrid y sus fascinantes e inquietantes pobladores nocturnos. Tipos y calles por las que deambula la exuberante fauna marginal de vagabundos, prostitutas, proxenetas y toda clase de pequeños delincuentes, decididos, sobre todo, a sobrevivir en un mundo al que, de entrada, deben muy poco. Crónicas negras repletas de realismo y sentido del humor.



al abrirse y cerrarse. Dos policías uniformados le gritaron a Ahmid que dejara el arma y se quedara quieto. Los dos policías le apuntaban con sus armas reglamentarias. Pero Ahmid se volvió, giró el brazo y lo levantó. Apretó de nuevo los gatillos en dirección a los policías. Fue un momento especialmente crítico: Ahmid volvió a nacer. De los cañones de la recortada surgió un ruidillo ridículo, como si descorchara una botella de champán echado a perder, y apareció una débil columnilla de humo.

Y ninguno de los policías le cosió a balazos. Aquella noche fue una noche de suerte para Ahmid.

Le tiraron al suelo, le registraron y le esposaron con las manos atrás. Eran dos policías jóvenes que comenzaron a gritar para apartar a los curiosos que se agolpaban alrededor de Ahmid. Aún no comprendo por qué no le dispararon.

Mi mujer estaba en el suelo con el vestido roto, cubierta de polvo y con la novela de Peter Handke sucia de la bebida derramada. Se puso en pie roja de ira.

—¿Estás contento, no? ¡Esto es lo que quieres, eh! —exclamó— ¡Ahora querrás ir a la comisaría a fisgonear! ¡Después tendrás que hablar con Ahmid y más tarde te irás de copas! ¡Siempre es lo mismo! ¡Pues bien, no cuentes conmigo!

Y se marchó a casa.

Mucho más tarde vi a Ahmid en la celda de la comisaría. Permanecía tumbado en el camastro, canturreando por lo bajo y aparentemente tranquilo, como si hubiera regresado de una excursión en el campo. A los dos jóvenes policías los felicitó el jefe del turno de noche de la comisaría, un inspector delgado y de estatura baja que tiene el engañoso aspecto de un estudiante frágil.

El jefe del turno de noche estaba allí conmigo y yo le pregunté a Ahmid:

—¿Por qué lo hiciste, Ahmid?

El se encogió de hombros.

—Cartuchos mierda —respondió—. No funcionan... Gente cabrona engaña a Ahmid.

Y se volvió a encoger de hombros.

—Le has comprado la *recortada* a un tal Fede, ¿no, Ahmid? —le dijo el inspector—. La *recortada* y los cartuchos. Seis cartuchos en total. ¿No es eso, Ahmid?

—Sí —respondió Ahmid—. Y yo he pagado 40 *papeles*, 40.

—Pues te han estafado, Ahmid —respondió el inspector.

—Cabrones, muchos cabrones por aquí —Ahmid se sentía engañado.

Yo pensé que era un asunto de drogas y todo eso. Es lo primero que piensa uno en estos casos. De modo que se lo volví a preguntar y Ahmid respondió:

—¿Drogas? ¿Marihuana, hachís, *caballo*? —negó con la cabeza— Ahmid es decente, buena persona, no traficante. Lo quería matar porque insultarme siempre, no dejarme entrar en bar, me llamaba negro asqueroso. Por eso matarle. Otra vez será.

Los de mi calle me ayudan mucho en mis novelas. Siempre me están dando temas.

El otro día, el dueño de la tintorería me hizo una confidencia:

—¿Escuchaste el follón que se organizó anoche?

—Sí —le contesté yo—. Un buen follón. A las tres de la madrugada.

—Fue Riquelme, el conductor de autobuses. Descubrió a su mujer en ese bar de lesbianas. Entró con un cuchillo y la quiso matar. ¿A que no sabes lo que ocurrió?

—¿La mató?

—No. La chica que estaba bailando con su mujer le quitó el cuchillo y le pegó una paliza de aquí te espero. Le dejó morado. ¿Conoces a Riquelme?

—¿Riquelme?

—Sí, hombre... Un chaval fuerte él, guaperas. Pelo rizado, va mucho al Maño.

—Me parece que no.

—Bueno, es igual, Ahí tienes un tema. Un tema cojonudo. Puedes sacarlo en una novela o, mejor, en televisión. Sácalo en la tele.

—Ya veremos. Estas cosas hay que pensarlas. De todas formas, muchas gracias.

Se acercó a mi oreja y me susurró:

—Yo sí que te puedo dar temas para tus rollos. He tenido una vida de novela. Mi vida ha sido una novela... Déjame que te cuente...

En otro momento, sin embargo, se me acercó una a la que llaman Vanessa, aunque en realidad se llama Torcuato Fernández Miramar, antiguo albañil sevillano.

Mide 1,85 y parece una mujer vista de lejos. De cerca es otra cosa. Tiene cierta semejanza a un armario de tres cuerpos.

—Oye, chavalote —me dijo. Yo estaba sentado en la plaza después de comer, saboreando un Montecristo del número cuatro y bebiendo anís. —Vengo a avisarte nada más. ¿Me puedo sentar?

—Siéntate, Vanessa. ¿Qué quieres?

—Decirte que como me saques por ahí en los papeles te meto un bocao en la yugular. ¿Lo entiendes, chavalote?

—¿Un cafecito, Vanessa?

—Ni un cafecito ni una poca de leche. Como yo me entere que atentas contra mi intimidad, te mato a mordiscos. ¿Lo vas entendiendo, chavalote?

—Sí, pero no me llames chavalote.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta.

Bueno, Vanessa no era mala persona del todo y terminó tomándose un cafecito conmigo. Pero cada vez que tengo que sacar a un *travesti* procuro que no se llame Vanessa. Aún le tengo cierto cariño a mi cuello.

Ahmid fue a parar a la cárcel condenado a siete años por intento de homicidio y uso de arma de fuego sin licencia. Yo fui a ver al director de una importante revista que acababa de dar una conferencia en una Universidad de Verano sobre periodismo y literatura. El director me recibió con grandes muestras de alegría y afecto.

—Bueno, hombre, ¿qué tema me traes? —me dijo— ¿Algo bueno? ¿Interesante? ¿Con impacto?

—Creo que sí. Escucha. Es un negro al que no le dejan entrar a un bar de la Plaza del Dos de Mayo. El negro es muy sensible al racismo, él quiere entrar al bar, ser una persona normal, ¿me entiendes? Y el encargado lo echa sistemáticamente, lo insulta. El negro...

El director interrumpió.

—¿A eso llamas tú un tema con impacto?

—Espera un momento, falta lo mejor. El negro se pone furioso y empieza a buscar quién le pueda vender una *recortada* y acude a un sujeto llamado Fede que se la proporciona por 40.000 pesetas. Le vende la *recortada* y seis cartuchos del doce, cargados con postas. El negro, una noche, acude a la Plaza del Dos de Mayo, encuentra al encargado del bar y...

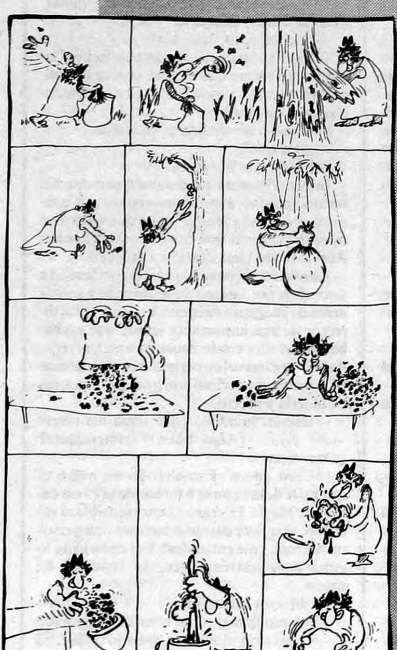
El director se adelantó en su sillón anatómico.

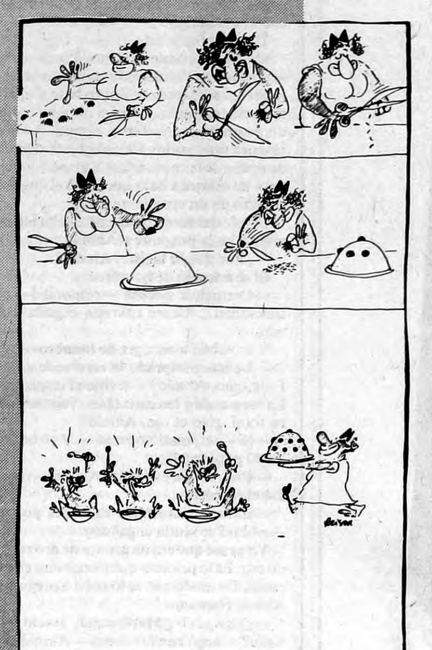
—¿Lo mató?

—No. Los cartuchos estaban defectuosos. Quizás la pólvora estuviese mojada, no sé. El caso es que sólo explotaron los fulminantes. Le quemó el pelo de la nuca al encargado del bar que se meó en los pantalones. ¿Qué te parece?

—Bueno, es un buen tema, sí. Pero hubiese sido mejor que lo hubiese matado —suspiró.



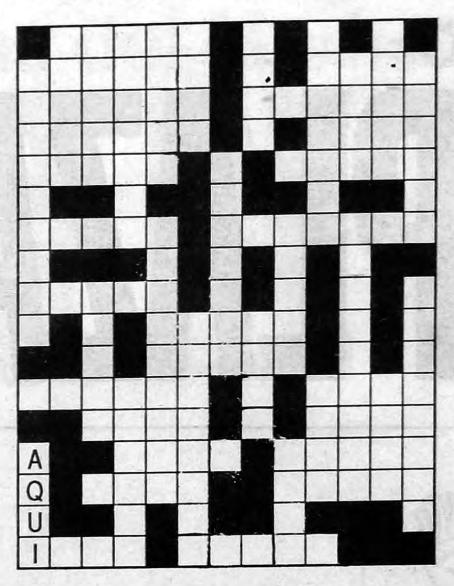






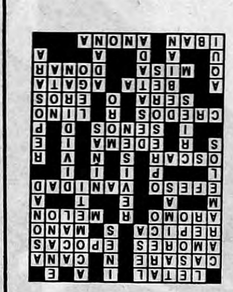
ACOMODO

POR A. FREIRE



4 LETRAS: ACAL-ADAN-AQUI-BETA-CANA-EROS-IBANINES-LEGO-LESA-LINO-MANO-MISA-MORO-NOTA-SERA. **5 LETRAS:** AGATA-ANONA-ARECO-AROMO-CRIES-DONAR-EDEMA-EFESO-ENANO-ESOPO-LAMER-LETAL-MELON-NIÑAS-OSCAR-SENOS. **6 LETRAS:** AMORES-ASONAD-CASARE-CREDOS-DEBIAN-EPOCAS-REPICA. **7 LETRAS:** ACOMETI-REVISEN-TARIMAS-VANIDAD. **8 LETRAS:** DESATADA-REPOSARA. **9 LETRAS:** CARAMELOS-DIVIDIRAN-OPRESORES.

SOLUCION



SOPA DE CARNES

R	K	Q	D	P	F	Ñ	I	A	L
E	N	C	G	Y	M	B	O	A	C
S	X	A	R	E	N	R	E	T	T
Z	U	B	Y	J	U	L	I	W	A
D	K	R	C	G	P	E	B	H	F
Ñ	T	I	P	M	O	Q	U	W	Y
W	G	T	Y	V	C	R	P	S	E
Z	C	O	R	D	E	R	O	X	U
F	A	H	E	D	R	C	L	B	B
H	T	L	R	K	D	I	L	P	Y
V	G	M	S	Ñ	O	Q	O	N	O
U	V	A	C	A	B	I	W	C	A
L	K	F	X	E	Y	Z	D	M	X

Encuentre en la sopa siete palabras referidas al título, que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda damos una palabra ya ubicada.